

Venezuela imprevisible. Populismo radical y globalización

Steve Ellner

La complejidad de la crisis política venezolana se relaciona con las políticas económica, social, exterior y petrolera, antes que con el discurso y estilo controversial del presidente Chávez. En lugar de sostener la idea simplista de que la crisis refleja una dicotomía entre dictadura y democracia, el artículo compara el actual fenómeno con el populismo clásico y con el neopopulismo. En cuanto a la globalización, se confirman los rasgos heterodoxos del chavismo. Los partidarios radicales de los procesos globalizadores en todo el espectro político han cancelado el libre albedrío, enfatizando su lógica poderosa e inexorable; el actual régimen puede ser una prueba de que no es así. Mientras tanto, las deficiencias organizativas del principal partido de gobierno y las debilidades de la oposición, contribuyen a enrarecer aún más un clima político que es sinónimo de crisis desde hace largo tiempo.

En muchos sentidos, las circunstancias que rodean la búsqueda del poder y la estrategia adoptada por Hugo Chávez para alcanzar cambios en Venezuela no tienen patrón de comparación en la política latinoamericana. Si bien más de un general ha sido

electo presidente, el triunfo electoral de Chávez es excepcional, pues aquí se trata de un oficial de rango medio con ideas radicales que ya había liderado un golpe de Estado. Además, pocos presidentes latinoamericanos han atacado con tanto fervor las instituciones demo-

Steve Ellner: profesor de historia económica en la Universidad de Oriente, Puerto La Cruz, desde 1977. Autor de *De la derrota guerrillera a la política innovadora: Movimiento al Socialismo y El sindicalismo en Venezuela en el contexto democrático (1958-1994)*; coeditor de *The Latin American Left: From the Fall of Allende to Perestroika*.

Palabras clave: procesos políticos, crisis y conflictos, Venezuela.

cráticas existentes, al tiempo que juran lealtad al sistema democrático.

Los sorprendentes sucesos de 2002, específicamente el efímero golpe de Estado de abril y el paro general indefinido iniciado el 2 de diciembre, han aumentado el impulso impredecible y único del fenómeno Chávez. No existe un paralelo, al menos en América Latina, al golpe de abril, donde muchos de los oficiales que participaron en el derrocamiento del Gobierno posteriormente prepararon el terreno para su regreso, y decenas de miles de pobres rodearon bases militares y el palacio presidencial exigiendo la reinvestidura de su líder. Tampoco tiene paralelo la huelga general que comenzó en diciembre y que virtualmente logró paralizar la producción nacional del principal producto de exportación del país (el petróleo), pero no consiguió deponer al Gobierno. Los organizadores del paro erraron en sus cálculos cuando predijeron unas «navidades sin Chávez». Sin embargo, los actores políticos no fueron los únicos equivocados. Académicos y otros analistas, utilizaron informes empíricos de 2001 para extrapolar tendencias que conducían a un desastre económico y político y, en consecuencia, a la salida de Chávez del poder en el futuro inmediato (Weyland).

En este artículo discutiremos en primer lugar el golpe de abril y los dos meses de huelga general iniciada en diciembre, a fin de identificar las cuestiones concretas tras ambos conflictos. De esa

forma nos proponemos demostrar la complejidad de la crisis política local. Son asuntos relacionados con las políticas económica, social, exterior y petrolera, y no el discurso y estilo controversial del presidente, la causa subyacente del conflicto. La discusión está orientada también a refutar la idea simplista de que la crisis venezolana refleja una dicotomía entre dictadura o «fascismo» (ya sea de parte del Gobierno o de la oposición) y democracia. Consecuentemente, en el artículo se comparará y contrastará el fenómeno Chávez con el populismo clásico de los años 30 y 40 y con el más reciente neopopulismo asociado con Alberto Fujimori y Carlos Menem. A pesar de que existen algunas similitudes, los rasgos sobresalientes del chavismo difieren en aspectos importantes de los tipos anteriores de populismo. En los trabajos de Ernesto Laclau sobre populismo se destaca un elemento de impredecibilidad. En la última sección, dedicada a la globalización, se reafirma esa característica del chavismo. Los partidarios radicales de la teoría de la globalización en todo el espectro político han cancelado el libre albedrío, enfatizando la lógica poderosa e inexorable de ese proceso. El régimen de Chávez puede ser una prueba concreta de que esa lógica no lo invade todo.

El golpe de abril y las fisuras en el movimiento chavista

El 9 de abril de 2002 la principal organización empresarial del país, Fedecáma-

ras, presidida por Pedro Carmona, y la dirigencia nacional de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), convocaron a una huelga general que sería declarada indefinida dos días después. Al tercer día, los líderes del movimiento convocaron a una marcha que arrancó en las zonas pudientes del este de Caracas y se dirigió al palacio presidencial, pidiendo la renuncia de Chávez. Al llegar al centro de la ciudad estalló un tiroteo que dejó un saldo de numerosas víctimas. La oposición culpó a grupos paramilitares chavistas, mientras los partidarios del presidente alegaron tener pruebas de que quienes dispararon primero fueron miembros de la ultraizquierda, junto a la Policía Metropolitana, bajo la dirección del alcalde mayor de Caracas, un antichavista.

Oficiales de la plana mayor de las Fuerzas Armadas declararon que no estaban dispuestos a hacer uso de la represión contra sus conciudadanos, y para evitar que continuaran los disturbios forzaron a Chávez a abandonar el poder. Carmona, nombrado presidente provisional, decretó inmediatamente la disolución de las instituciones democráticas, incluyendo las electas, y suspendió leyes de contenido popular y nacionalista. Además, en su gabinete predominaban representantes del empresariado; era como si los borbones hubieran regresado al trono. Esa noche Teodoro Petkoff, un político devenido periodista y actual director de un vespertino, caracterizó a ese gobier-

no como «plutocrático». Al día siguiente una tendencia «institucionalista» de las FFAA, unida a los chavistas, con más fuerza entre los oficiales de rango medio, tomó el control de las instalaciones militares en todo el país. Carmona fue obligado a renunciar y el golpe de Estado se convirtió en uno de los más efímeros en la historia. Los humoristas políticos desde entonces llaman a Carmona «Pedro el breve».

La mayoría de los analistas, al igual que los políticos de la oposición, atribuyeron el golpe al estilo agresivo del presidente, a su inflexibilidad e intolerancia. Pero si bien esos rasgos ciertamente agravaron las tensiones, no constituían la médula de la polarización que abrumaba al país. Cuestiones económicas explican mejor la posición de poderosos intereses empresariales, y también en gran parte de otros sectores de la población. Para 2001, el estancamiento de la economía y el descenso de los precios del petróleo llevaron los asuntos económicos al primer plano. La oposición también pasó a la ofensiva, especialmente después de los atentados del 11 de septiembre. Chávez reaccionó radicalizando sus posiciones. En noviembre de 2001 decretó 49 leyes de un solo golpe. Entre ellas se encontraban reformas de largo alcance, tales como la Ley Orgánica de Hidrocarburos, que prohibía el control extranjero de las operaciones de producción petrolera, una reforma agraria (Ley de Tierras), y la Ley de Pesca, que privilegiaba a los pescadores por

encima de la actividad marina financiada por corporaciones y ecológicamente perjudicial. Voceros de la comunidad empresarial acusaron al presidente de haber tramitado precipitadamente esa legislación en el Congreso, al que habría convertido en un cuerpo de aprobación automática de sus propuestas. De esa forma Chávez había violado la Constitución, que establece la obligación gubernamental de consultar a los sectores que serán afectados por una ley específica. La crítica era válida. El Gobierno no hizo campaña a fin de convencer a la opinión pública y generar consenso, como sí lo había hecho dos años antes en favor de la ratificación de la nueva Constitución. Esa estrategia hubiera fortalecido al Gobierno frente a los intereses contrarios a sus leyes. Sin embargo, los grupos empresarios no se oponían a las nuevas normas porque se hubieran violado los procedimientos democráticos o usado un lenguaje ofensivo. Lo que importaba era el contenido de la legislación. De hecho, esos sectores se habían opuesto resueltamente a esas y a otras reformas mucho antes de que el presidente llegara al poder.

Los hechos de abril indicaron que existían facciones moderadas en los grupos pro y anti Chávez, y que la política económica tenía un papel clave. La principal desventaja de los moderados era la falta de una posición coherente en cuanto al neoliberalismo. En el bando de la oposición, los moderados se oponían al proyecto derechista de im-

plementación del neoliberalismo por medios no democráticos (como lo hizo Pinochet). En el oficialismo, los moderados estaban liderados por Luis Miquirena, y se oponían a la resistencia del presidente a la privatización.

En agudo contraste con los moderados, el gobierno de Carmona representó un proyecto económico bien definido. Su composición era descaradamente elitista. La armada fue privilegiada con dos posiciones clave en el Gobierno (incluyendo el Ministerio de la Defensa) a expensas del ejército, mucho más grande pero menos prestigioso, donde se concentraba el respaldo a Chávez. El 12 de abril Carmona nombró para su gabinete a dos líderes del Partido Social Cristiano Copei (incluyendo a un miembro del derechista Opus Dei como canciller), aun cuando la influencia pública de ese partido había disminuido enormemente. En cambio no tomó en cuenta al igualmente antichavista Acción Democrática (AD), que disfrutaba de un peso mucho mayor y controlaba la CTV. Era obvio que la derecha venezolana quería mantener a prudente distancia cualquier organización que tuviera algún apoyo popular. La derecha había aprendido las «lecciones» de la presidencia de Carlos Andrés Pérez (1989-1993), cuyas drásticas e impopulares medidas, conocidas como el «tratamiento de *shock*» neoliberal, llevaron a su enjuiciamiento político. Según neoliberales empedernidos, el partido «populista» de Pérez (AD), lejos de defender sus po-

líticas económicas lo apuñaló por la espalda (Naím).

El argumento de los periodistas Rafael y Patricia Poleo (padre e hija) de que Carmona actuó a instancias de un pequeño grupo de mercenarios y de intereses económicos específicos, es falaz (*Revista Zeta*). En realidad, Carmona era nada menos que el presidente de la principal organización empresarial del país y desde mucho tiempo atrás tomaba parte en sus propuestas. De hecho, más de 30 miembros de Fedecámaras asistieron a su toma de posesión. La estrategia neoliberal adoptada por Carmona representaba claramente las posiciones de la organización. Más aún, lejos de estar compuesto por figuras desconocidas, su gabinete lo integraban individuos pertenecientes a las instituciones dominantes del país, que en algunos casos habían ocupado cargos en el gobierno pro-neoliberal de Rafael Caldera. Finalmente, la exoneración de líderes prominentes por parte de los Poleo se ajusta a un esquema demasiado común: quienes forman parte del golpe niegan cualquier responsabilidad al respecto.

Un plan alternativo para sacar a Chávez del poder por medios «institucionales» se había discutido ampliamente en comités *ad hoc* que organizaron protestas en los seis meses previos al 11 de abril. El plan, conocido como «chavismo sin Chávez», confiaba en el respaldo de los votos parlamentarios adeptos al ministro del Interior, Luis

Miquilena, a fin de destituir al presidente. El centro de investigación Stratfor (con sede en Estados Unidos) afirmó que, para el momento del golpe, Miquilena controlaba 23 votos de congresistas supuestamente oficialistas. Horas antes del golpe Miquilena rompió formalmente con Chávez, y así lo hicieron también varios gobernadores y otros simpatizantes, abriendo la puerta para la puesta en marcha del plan. Poco después Américo Martín, un ex-candidato presidencial socialista convertido a la antiizquierda, propuso que Miquilena presidiera una «junta de gobierno» en la cual estarían representados amplios sectores de la población. Cuando los acontecimientos del 11 de abril llegaron a un punto álgido después de las confrontaciones callejeras en Caracas, Chávez mismo indicó su disposición a renunciar siempre y cuando el Congreso decidiera quién sería su sucesor. Los líderes del golpe aceptaron esa propuesta, pero luego dieron súbitamente marcha atrás, e insistieron en una renuncia incondicional del presidente al tiempo que amenazaban con bombardear el palacio presidencial. De esa forma, se desechó la posibilidad de lograr los objetivos del movimiento antichavista por medios «legales», para favorecer la agenda de Carmona.

El hecho de que Miquilena estuviera dispuesto a aceptar los planes para deponer a Chávez venía de sus diferencias con la facción dura del partido Movimiento Quinta República (MVR) en

materia de política económica. El ministro había sido un exitoso hombre de negocios, y como secretario de finanzas del MVR, aprovechó sus amplios contactos financieros en la obtención de fondos para la campaña de 1998. Cuando Chávez ganó la presidencia lo nombró ministro del Interior y se convirtió, supuestamente, en el más poderoso de sus lugartenientes políticos. Desde la misma asunción comenzaron a surgir diferencias entre la facción moderada de Miquilena y los emeurristas de línea dura, quienes estaban a favor de reformas sociales radicales e inmediatas. Por ejemplo, cuando se redactó la Constitución «bolivariana», los izquierdistas duros lograron impulsar disposiciones que restringían el papel del sector privado en el sistema de seguridad social y en la todopoderosa industria petrolera, aunque Miquilena bloqueó sus esfuerzos para reducir la semana laboral de 44 a 40 horas.

Una vez iniciadas las sesiones del nuevo Congreso (la Asamblea Nacional), en agosto de 2000, los parlamentarios miquilenistas entraron en conflicto con los izquierdistas de línea dura por una serie de asuntos. Alejandro Armas, mano derecha de Miquilena, redactó una ley de seguridad social para pensiones que en poco difería del esquema de privatización neoliberal firmado por el ex-presidente Caldera. Sindicalistas emeurristas de izquierda, ahora miembros del Congreso, rechazaron el plan de Armas y redactaron su propio anteproyecto, el cual permitía el capital privado

sólo como un complemento voluntario a los fondos de pensiones controlados por el Estado. Los izquierdistas del MVR señalaron que Armas había consultado repetidamente a representantes de intereses financieros con los que tenía estrechos vínculos. Incapaz de alcanzar un acuerdo, el Congreso pospuso en varias oportunidades una decisión final sobre el asunto (Ellner 2003a).

El conflicto entre parlamentarios emeurristas de línea dura y moderados llegó a un punto crítico en los últimos meses de 2001. Los moderados intentaron detener la huelga del 10 de diciembre haciendo concesiones a la oposición. Armas y otros parlamentarios miquilenistas ofrecieron negociar modificaciones a las 49 leyes, que según la oposición habían sido legisladas con indebida premura. En otro gesto dirigido a calmar los ánimos opositores, Miquilena se mostró favorable a que Venezuela abandonara su posición neutral frente al conflicto armado en Colombia, al calificar de «bandidos» a los guerrilleros de ese país. Sin embargo, Chávez se colocó del lado de los emeurristas duros, quienes a su vez acusaron a los moderados de estar con-fabulados con la oposición. En enero de 2002, a sus 83 años Miquilena renunció a la cartera del Interior. Su salida, junto a la renuncia de sus aliados al MVR, no solo preparó el camino para el golpe del 11 de abril, sino que radicalizó aún más el movimiento chavista, tal como quedaría en evidencia con la huelga general de finales de año.

La huelga de diciembre-enero: divisiones de clase en primer plano

La reacción de los venezolanos a la huelga iniciada el 2 de diciembre dependió en gran medida de la clase social –como sin duda lo habría predicho Marx. Mientras las zonas urbanas del centro y las barriadas pobres volvieron muy pronto a la normalidad, las áreas pudientes de las principales ciudades apoyaron ávidamente el paro, golpeando cacerolas todos los días a las ocho de la noche. El 10 de diciembre la oposición demandó la transformación de la huelga en «paro activo», es decir, con movilizaciones de calle. Poco después los accesos a las refineras petroleras se convirtieron en inverosímil escenario de manifestantes de clase media obstaculizando la entrada de trabajadores, llamándolos en algunos casos «rompehuelgas». Las consignas de los manifestantes opuestos al Gobierno se dirigían exclusivamente contra Chávez, tildándolo de «asesino» o «Satán», con frecuentes alusiones a su amistad con Fidel Castro. Venezuela se encontraba al borde de la violencia generalizada. El 6 de diciembre, en una concentración opositora fueron asesinadas tres personas.

El presidente expresó su disposición a participar en un referendo revocatorio en agosto, tal como lo establece la Constitución de 1999, pero los líderes de la oposición no estaban dispuestos a esperar, alegando que para entonces el presidente consolidaría aún más su

control sobre las FFAA, privilegiando a los leales en la lista de ascensos. Según partidarios del Gobierno, la verdadera razón era que la oposición quería a Chávez fuera del poder antes del 1º de enero, fecha de asunción de «Lula» da Silva en Brasil, lo cual, junto al triunfo del izquierdista Lucio Gutiérrez en Ecuador, fortalecía la posición chavista. Tanto uno como otro habían situado el anti-neoliberalismo en el primer lugar de sus agendas antes que promocionar visiones radicales como el socialismo, una orientación que ahora comparten numerosos izquierdistas a lo largo del continente (Harnecker). Ambos se inclinan por gobiernos que desempeñen un fuerte papel en la economía, en provecho del desarrollo económico y la justicia social, en lugar de abandonar ese rol por completo, tal como lo prescribe el neoliberalismo.

Esas explicaciones por la premura de la oposición eran una parte de la historia. Un factor más decisivo fue la vulnerabilidad intrínseca de la oposición, que basada exclusivamente en ataques al jefe de Estado, sin presentar demandas, proposiciones o alternativas, tiende con el tiempo a debilitarse. Los partidos opositores estaban desacreditados por la corrupción desenfrenada y la contracción de la economía durante las dos décadas anteriores a la elección de Chávez. A lo largo de 2002, los medios de comunicación, Fedecámaras y la CTV desplazaron a los partidos, un papel forzado para ellos y que a la larga los desacreditaría. La alianza de la CTV

con el sector empresarial fue muy criticada, incluso entre quienes se oponen al Gobierno. De hecho, como resultado de los fracasos del golpe de abril y del paro general de diciembre-enero, muchos líderes partidistas han llegado a la conclusión de que son ellos quienes deben liderar la lucha contra Chávez, y no dirigentes empresariales, sindicales o de los medios, poco preparados para el papel que se les ha impuesto.

Chávez populista: populismo clásico y neopopulismo

En ciertos aspectos el actual populismo radical venezolano recuerda la versión clásica ejemplificada por Juan Domingo Perón e incluso por el venezolano Rómulo Betancourt en los años 30 y 40 (Vivas, p. 105). En este sentido, resaltan particularmente dos características del populismo clásico: su retórica *antiestablishment* y el intento de incorporar los sectores desfavorecidos al sistema político y proporcionarles un trato justo. Por otra parte, los populistas clásicos desarrollaban políticas sociales favorables a los subprivilegiados, especialmente a la clase trabajadora, así como políticas de intervención estatal en la economía, incluyendo la sustitución de importaciones. Algunos académicos vinculan el populismo clásico con una etapa histórica del desarrollo en América Latina, y por consiguiente consideran improbable su resurgimiento (Ianni), mientras otros niegan esa especificidad del movimiento

(Laclau). Otros más han hecho énfasis en las características sobresalientes del «neo-populismo» de los años 90, asociado con Fujimori y Menem, que contrastarían con el populismo clásico. La base social de los gobiernos neopopulistas estaría formada por miembros de la economía informal, en oposición a la clase trabajadora organizada. Además, tales regímenes pusieron en práctica políticas neoliberales, por ejemplo contra el modelo de sustitución de importaciones e intervencionismo del Estado asociado con el esquema clásico. Guillermo O'Donnell ha destacado otras características de los regímenes neo-populistas (en el marco de lo que él denomina «democracias delegativas»), que coinciden también con el gobierno de Chávez. Entre ellas está el «hiperpresidencialismo», que podría desglosarse en: liderazgo presidencial carismático, recurrencia a decretos ejecutivos, legitimación plebiscitaria de la autoridad, retórica antipartidista, y discurso mesiánico. Aunque existen importantes semejanzas, una serie de rasgos básicos, políticos y circunstanciales diferencian el gobierno y el movimiento liderados por Chávez del populismo clásico y del neopopulismo latinoamericanos (Ellner 2003b). Las características más conspicuas son las siguientes:

1) Desde el principio, el Movimiento Bolivariano Revolucionario-200 (precursor del MVR) estuvo formado por oficiales de rango medio interesados en crear un movimiento cívico-militar; los militares siguen ocupando posicio-

nes prominentes en el MVR y en el Gobierno; 2) durante su primer año de gobierno, Chávez se apoyó en un sólido respaldo de las FFAA, especialmente entre los rangos medios. La crítica de Francisco Arias Cárdenas sobre la «politización» del estamento militar, a comienzos de 2000, atrajo a oficiales de alta jerarquía y comenzó a polarizar la institución; 3) el presidente captó la mayor parte de su apoyo electoral en los sectores marginales de la población, particularmente entre trabajadores no sindicalizados; su movimiento carecía de un contingente de dirigentes sindicales veteranos. La clase media, que al comienzo de su presidencia estaba dividida en forma bastante pareja a favor y en contra, se fue alienando crecientemente en los meses posteriores; 4) el Polo Patriótico fue una alianza provisional, activada sólo con propósitos electorales, y el mayor de sus partidos, el MVR, estaba poco definido organizativa e ideológicamente; 5) los principales partidos de la oposición perdieron vitalidad como consecuencia de sus magros resultados en las elecciones de diciembre de 1998; 6) el Gobierno practicó una política externa independiente y activista que incluyó llamados a restablecer el bloque de países del Tercer Mundo; 7) Chávez evitó la retórica anticomunista e incorporó a numerosos izquierdistas en su gestión y en la cúpula de su partido; 8) su discurso hacía hincapié en la situación crítica de los sectores no privilegiados y preveía situaciones *zero-sum game* que incluirían a los pobres y a

miembros de la elite; 9) Chávez abandonó el modelo económico estatista que había adoptado originalmente y, en teoría, aceptó la privatización, al tiempo que seguía una política fiscal conservadora. Sin embargo, en lugar de adoptar el neoliberalismo, con su fe ciega en el mercado, su administración estableció ciertos objetivos nacionales para el capital privado y se abstuvo de privatizar; 10) Chávez indicó a sus partidarios que además de la transformación institucional radical había otras batallas en el horizonte, implicando que en su agenda estaba contemplado un cambio económico estructural profundo.

Los rasgos del chavismo que hemos mencionado muestran cuán lejos está este movimiento de la democracia delegativa, el neopopulismo y el populismo clásico. Los puntos 1, 6, 7, 8, 9 y 10 evidencian diferencias importantes con la primera, mientras los puntos 1, 3, 4, 5 y 7 hacen lo propio en relación con el populismo clásico. El chavismo se asemeja más al populismo clásico de los años 30 y 40 que al neopopulismo o a la democracia delegativa. Los populistas clásicos abrieron las instituciones políticas a los sectores no privilegiados, primero al promover la creación de sindicatos y luego al crear una estructura neocorporativista en donde los dirigentes laborales contaban con un acceso regular a las tomas de decisiones. En forma similar, el chavismo intentó ampliar la participación con la consigna de la «democracia participativa» (un objetivo principal de la

Asamblea Constituyente), y se interesó en particular en llegar a los sectores no privilegiados.

En su impulso social (punto 8), en sus posiciones anti-neoliberales (punto 9), en su política externa independiente (punto 6) y en las movilizaciones que provoca, el chavismo difiere fundamentalmente de la democracia delegativa y del neopopulismo. Al mismo tiempo, al igual que los movimientos neopopulistas y las democracias delegativas de América Latina, este movimiento ha desarrollado una relación especial con el «pueblo» —en especial con sectores no organizados de la población (punto 3)— que pasa mayormente por alto las organizaciones políticas y sirve como una fuente principal de legitimación.

El actual sistema de partidos en Venezuela es marcadamente diferente del que existía en el apogeo del populismo clásico. Los populistas clásicos eran expertos en establecer partidos disciplinados, estructurados verticalmente (punto 4), fuertemente vinculados a los sindicatos y otras instituciones (punto 3). Sus adversarios también estaban bien organizados y disfrutaban del respaldo de las FFAA, que a la larga derrocaron al gobierno populista (puntos 2 y 5). Tanto los populistas clásicos como sus oponentes eran capaces de convocar grandes masas y tomar las calles a propósito de demandas y quejas específicas. Mientras el movimiento sindical estaba incorporado en la es-

tructura de muchos partidos populistas clásicos, contribuyendo así a la solidez de la organización, el contingente sindical del MVR no logró tener un papel activo y formal en la toma de decisiones del partido. Los soportes organizacionales del chavismo eran débiles sobre todo porque el grueso de su respaldo se derivaba de los trabajadores no organizados de la economía formal e informal, quienes carecían de la experiencia organizativa de la mano de obra sindicalizada. El respaldo de importantes sectores de las FFAA y el desprestigio de los partidos de la oposición compensan en parte la fragilidad del respaldo sindicalizado de Chávez. Muchas de las movilizaciones puestas en marcha por el chavismo (tales como las invasiones de tierras) no están tan controladas políticamente: en un momento dado pueden expresar apoyo al Gobierno, tanto como pueden servir para socavar su autoridad. A este respecto, el resultado final del chavismo es más incierto que el del populismo radical durante su apogeo.

En su estudio señero sobre el populismo, Laclau postula la naturaleza fundamentalmente impredecible de estos movimientos. Rechaza la conexión automática entre populismo y capitalismo emergente, a pesar del impulso antioligárquico de ambos (Ianni). Afirmo que el análisis del «discurso ideológico» del populismo es clave para indagar la dirección del movimiento. A fin de demostrar el potencial revolucionario de los movimientos populistas,

Laclau se propuso refutar la noción de que sus líderes manipulan sin cesar a los no privilegiados y a quienes carecen de poder e influencia (Germani). Algunos académicos han aceptado la tesis general de Laclau, pero critican a la vez su énfasis en el discurso. Argumentan que las tendencias de largo plazo del populismo son el resultado de su estructura de clase, su organización interna y las políticas y acciones concretas que emprende, lo cual determina y refleja su respaldo en las clases. A manera de ejemplo, Raby señala que el resultado socialista del movimiento populista cubano liderado por Castro en los años 50 fue posible gracias a su vinculación con la energía espontánea del pueblo y especialmente con los sectores no privilegiados. Esa orientación contrastaba agudamente con el enfoque dogmático del Partido Comunista cubano, que básicamente pasaba por alto la cultura popular y era incapaz de interpretar su sentimiento. En pocas palabras, los movimientos populistas tienen una mayor capacidad de penetrar la cultura popular precisamente porque no están atados a una doctrina inflexible, solidificada. Debido a esta ambigüedad ideológica, es difícil predecir su rumbo de largo plazo. Esta tesis es particularmente aplicable al chavismo: no solo le falta definición ideológica, sino que además tiene una organización endeble.

Un ejemplo de las contradicciones del chavismo que hacen incierto su futuro, es su compromiso con la profundiza-

ción de la democracia. Por una parte, la Constitución creó nuevos mecanismos de participación directa como un correctivo a las disposiciones neocorporativistas que se remontaban al comienzo de la democracia en 1958. Por otra, el papel especial que se le asignó a los militares tanto en el partido como en el Estado, y la autonomía garantizada a las FFAA en la nueva Carta Magna, apuntaban en la dirección contraria. Además, el movimiento de Chávez no sembró las semillas de la democracia interna ni siquiera después de asumir su existencia pública luego del intento de golpe de Estado de 1992. Lanzado a un proceso de elecciones nacionales desde 1997 hasta finales de 2000, su partido conservó una estructura altamente vertical y se vio forzado a posponer elecciones internas y otras reformas organizacionales (López Maya).

Sin embargo, algunos aspectos específicos del chavismo apuntan en una dirección radical. Además del discurso, su potencial de cambio de largo alcance puede deducirse de un examen de los orígenes del movimiento, de sus políticas y del papel de los actores principales. La formación del movimiento en el curso de 10 años (1982-1992) de actividades conspirativas de miembros no elitescos de las FFAA, sus vínculos con civiles izquierdistas tanto antes como después de febrero de 1992, y su fomento de movilizaciones populares, atestiguan su potencia radical. Otros factores adicionales que favorecen transformaciones de largo alcance in-

cluyen los cambios institucionales diseñados por la Asamblea Constituyente, la política exterior independiente, su posición en cuanto a la OPEP, y su formulación de alternativas a la política económica neoliberal.

La tarea clave para Chávez como presidente es la creación de nuevas estructuras institucionales y organizacionales. Con respecto a las primeras, la celebrada teoría weberiana según la cual la autoridad carismática no puede sostenerse a sí misma indefinidamente indica la necesidad de producir un escenario institucional con reglas nuevas, como se propuso hacer la Asamblea Constituyente. Sin embargo, crear ese edificio es solo la mitad del desafío. En este momento las debilidades organizacionales son el talón de Aquiles del chavismo. Sin una organización cohesiva es difícil ver cómo podrían alcanzarse los ambiciosos objetivos de largo alcance de los líderes del movimiento, independientemente de la firmeza de su compromiso. Si Chávez mantiene un respaldo significativo de las FFAA y logra la consolidación organizacional, la profundización del proceso de cambio e incluso la transformación estructural se convertirán en una posibilidad real.

El gobierno de Chávez en el contexto de la globalización

Este es el primer jefe de Estado latinoamericano electo que ha desafiado a EEUU y a otros poderosos actores in-

ternacionales del «nuevo orden mundial», desde el gobierno de Alan García en Perú en los años 80. Durante este periodo ha sido el único presidente del continente que ha seguido una política externa independiente y ha predicado cambios de largo alcance en el país. En ese sentido Chávez podría estar ayudando a definir los límites del cambio en la era de la globalización. Al igual que García, se ha opuesto al neoliberalismo y ha recibido duras críticas de EEUU, pero a diferencia de aquél, también ha chocado de frente con grupos económicos nacionales. En su primer año en la presidencia, García tuvo éxito tanto en el frente político como en el económico, pero luego la economía entró en picada, cayendo él en desgracia. En forma similar, políticamente Chávez comenzó con buen pie e incluso tuvo mejores resultados en la elección de 2000 que en su primera victoria electoral, pero desde entonces su popularidad ha descendido de manera significativa.

Muchos de sus críticos, tanto en la arena política como en la académica, reflejan la lógica de la «tesis radical» de la globalización, según la cual el capital y las estructuras transnacionales están socavando inexorablemente el Estado y la soberanía nacional. Desde el comienzo, esos adversarios políticos calificaron de «obsoletas» las políticas de Chávez y pronosticaron un desastre político. Su línea de razonamiento está explícita o implícitamente expuesta: ningún presidente puede desafiar a los

potentes actores internacionales y salirse con la suya (Quirós Corradi 1998, p. 187; 1999, pp. 291-296). Con la excepción de comentarios ocasionalmente ásperos del Departamento de Estado durante el gobierno de Bill Clinton, Washington asumió una posición relativamente pasiva hacia Chávez. Para algunos analistas políticos esta moderación era llamativa considerando el empuje izquierdista de su discurso y posiciones (Gott, p. 228). Los «radicales» globalizadores explicaron esa actitud recurriendo a la lógica de la globalización. Según ellos, EEUU confía en que los imperativos globales obligarán a Chávez a echarse para atrás o enfrentar la desestabilización. Los radicales añadieron que dadas las preferencias de la globalización por la uniformidad, en la actualidad EEUU está más comprometido con la democracia que en el pasado, y por tanto preferiría evitar una secuencia de acontecimientos tipo Pinochet mientras el presidente disfrute de popularidad. En esencia, se entiende que Washington prevé dos escenarios: Chávez «rectifica» sus posiciones o se aferra a ellas tercamente, en cuyo caso la economía se contrae y su popularidad cae en picada, conduciendo a su derrocamiento con o sin la colaboración estadounidense (Romero).

Miembros de la ultrazquierda y otros descartan el fenómeno Chávez como mera retórica vacía de contenido izquierdista. En su escepticismo respecto a los objetivos del movimiento cha-

vista –y cualquier otra cosa que no sea una revolución total– subyace la noción determinista de los «radicales» de la globalización de que es virtualmente imposible desafiar con éxito el «nuevo orden global». Así, el ex-guerrillero convertido en neoliberal Teodoro Petkoff, argumenta que Chávez ha renegado de sus posiciones de izquierda y ha adoptado el neoliberalismo, como antes debieron hacerlo los presidentes Pérez y Caldera. Petkoff señala las propuestas neoliberales específicas, diseñadas por la administración Caldera en asuntos tales como los sistemas de seguridad social y de indemnización por despido, que supuestamente el Gobierno está por aceptar. Y así concluye que Chávez es «la negación de todas las ideas revolucionarias ... Marx se revolvería en su tumba» (Petkoff 2001a; 2001b; 2001c). Un antiguo camarada de Petkoff, el legendario Douglas Bravo, es igualmente pesimista en cuanto al rumbo del movimiento chavista. Sus argumentos parecen una lista de anhelados planes revolucionarios que Chávez se comprometió a ejecutar y luego no cumplió. La lista comienza con la negativa del presidente a cumplir su promesa de distribuir armas al pueblo el día de su frustrado golpe de Estado en 1992, a fin de activar una resurrección de masas. Bravo concluye que la retirada chavista frente a una serie de asuntos trascendentales demuestra «su aceptación de la globalización» (Bravo, pp. 30-34). Los argumentos de Petkoff y Bravo de que Chávez se ha vuelto atrás en cuestio-

nes de peso coinciden con la teoría radical de la globalización, cuando ésta sostiene que la única forma en que los gobiernos antiglobalización pueden permanecer en el poder es abandonando sus posiciones y aceptando los imperativos del «nuevo orden mundial». Sin embargo, la discusión Petkoff/Bravo sobre las posiciones corregidas por Chávez cuenta solo una parte de la historia. Su discurso, con su énfasis en la distribución desigual de la riqueza en la globalización, apuntala políticas y acciones específicas que son adversas al «nuevo orden mundial». Su consigna de «un mundo multipolar», que frecuentemente emplea en sus viajes al exterior, es por tanto más que retórica vacía o megalomanía, como afirman sus adversarios. Aunque no es explícito en este punto, el modelo multipolar tiene el propósito de oponerse a la hegemonía de EEUU.

Chávez pone en claro que el mundo multipolar se compone de bloques de naciones, y Venezuela forma parte de dos de ellos: la OPEP y la comunidad de naciones latinoamericanas. Después de asumir la presidencia, tuvo un papel protagónico en convencer a los miembros de la OPEP de cumplir las cuotas de producción y establecer un sistema de bandas en el cual los precios del petróleo oscilaran entre 22 y 28 dólares por barril. El objetivo de apuntalar y estabilizar los precios del petróleo deja a un lado cualquier otra consideración y tiene un gran impacto en la economía global. Sin embar-

go, algunos actores interpretan mal las prioridades de Venezuela. Así, por ejemplo, a fin de generar respaldo para el sistema de bandas, Chávez viajó a los 10 países miembros antes de la celebración de la segunda cumbre de la Organización, en septiembre de 2000. El Departamento de Estado y la oposición venezolana criticaron sus visitas a Irak y Libia, a las que describieron como una manifestación de solidaridad con «la causa árabe», si es que no con el terrorismo internacional. Si Chávez hubiera excluido esas dos naciones de su itinerario, la unidad de la OPEP se habría visto seriamente comprometida. En forma similar, a pesar de las críticas de sus adversarios, su insistencia en que EEUU no bombardeara países miembros en el Medio Oriente después de los ataques terroristas del 11 de septiembre, puede haber tenido como fin el contribuir a la cohesión de la Organización.

En un discurso ante el Congreso en el que explicó la posición de su gobierno ante los atentados del 11 de septiembre, Chávez hizo énfasis en que tanto la unidad de la OPEP como la integración latinoamericana fortalecen la soberanía nacional. En el mencionado discurso hizo alusión al «radical» de la globalización Francis Fukuyama, cuando dijo que «alguien afirmó que la humanidad llegó al ‘fin de la historia’ y que la soberanía nacional ya no significa nada» (Chávez). Su visión de la integración regional como una afirmación de la soberanía nacional (Car-

dozo) también es diametralmente opuesta a la tesis radical de la globalización, según la cual esos acuerdos entre países vecinos son un paso en el camino hacia la eliminación de las fronteras nacionales. Chávez y los oficiales que lo respaldan son particularmente sensibles al tema de la defensa de la soberanía, a la que consideran la *raison d'être* de las FFAA. Muchos de ellos están convencidos de que con el fin de la Guerra Fría, Washington preferiría ir eliminando paulatinamente los ejércitos latinoamericanos o convertirlos en fuerzas policiales a cargo de combatir la delincuencia (en especial el narcotráfico) y mantener el orden público. Tras esos temores está la comprensión de que la globalización radical implica la erosión de la soberanía y la concomitante transformación de las FFAA en una institución superflua. Así, por ejemplo, el contraalmirante Hernán Grüber Odremán, quien dirigió el intento de golpe de Estado de noviembre de 1992, dijo que la globalización «no es sino una trampa para llevarnos al pantano de un nuevo coloniaje» que incluye la eliminación de las FFAA, como hizo EEUU cuando invadió Panamá en 1989 (p. 41).

En última instancia, la definición de la política económica de Chávez, más que su política externa o la reformulación del papel de las FFAA, es lo que va a determinar que Venezuela logre o no superar las restricciones impuestas por la globalización. Ha denunciado verbalmente al neoliberalismo, pero toda-

vía no ha formulado una nueva estrategia económica para reemplazarlo. Esa falta de precisión no significa que el presidente haya hecho las paces con poderosos grupos económicos y políticos, como alegan algunos adversarios de izquierda y ex-izquierdistas como Petkoff. Muchas acciones y políticas específicas desmienten la afirmación de que Chávez es un neoliberal con ropaje izquierdista; no ha privatizado compañías estatales en masa, como lo hicieron sus predecesores, y en lugar de eso ha buscado definir condiciones de venta del decisivo sector aluminio en concordancia con los intereses nacionales. También comenzó a echar para atrás la privatización parcial de la industria petrolera, al establecer mayoría de propiedad del Estado en todas las empresas mixtas. Si se toman en cuenta todas las medidas gubernamentales que tienen que ver con la economía, queda claro que delinear una «tercera vía» auténtica, que evite el control estatal sobre la actividad económica pero que desdeñe claramente las fórmulas neoliberales, es un desafío sustancial para los regímenes nacionalistas en la era de la globalización (Buxton).

Chávez enfrenta enemigos poderosos que se movieron agresivamente a lo largo de 2002 con el objetivo de expulsarlo del poder por cualquier medio. Los errores cometidos por él y por su movimiento, no en último lugar sus excesos retóricos y la alienación de la clase media, ayudan a la oposición. Los analistas políticos tienen que estudiar

objetivamente las deficiencias de la estrategia chavista y los errores cometidos a fin de demostrar que no hay nada inevitable en cuanto al resultado final. Un enfoque tal serviría para refutar la idea de que cualquier desviación del modelo impuesto por la globalización conduce inexorablemente a graves dificultades económicas y obliga a los que están en el poder a elegir entre retractarse o ser destituidos.

Puerto La Cruz, febrero 2003

Bibliografía

- Bravo, Douglas: «Chávez es un hombre inteligente, audaz, conversador, carismático» en Alberto Garrido (entrevistador): *Guerrilla y conspiración militar en Venezuela*, Fondo Editorial Nacional José Agustín Catalá, Caracas, 1999, pp. 5-40.
- Buxton, Julia: «Política económica y ascenso de Hugo Chávez al poder» en Steve Ellner y Daniel Hellinger (eds.): *La política venezolana en la época de Chávez: clase, polarización y conflicto*, Nueva Sociedad, Caracas, 2003.
- Cardozo, Elsa: «La administración Chávez y su proyecto continental de política exterior», ponencia presentada al congreso de la Latin American Studies Association, Washington, D.C., septiembre de 2001.
- Chávez, Hugo: cadena de televisión y radio, 28 de septiembre de 2001.
- Ellner, Steve: «El sindicalismo frente al desafío del chavismo» en Steve Ellner y Daniel Hellinger (eds.): *La política venezolana en la época de Chávez: clase, polarización y conflicto*, Nueva Sociedad, Caracas, 2003a.
- Ellner, Steve: «The Contrasting Variants of the Populism of Hugo Chávez and Alberto Fujimori» en *Journal of Latin American Studies*, 2/2003b.
- Germani, Gino: *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962.
- Gott, Richard: *In the Shadow of the Liberator: Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela*, Verso, Londres, 2000.
- Grüber Odremán, Hernán: *Mi voz en la prensa*, Fondo Editorial Nacional, Caracas, 1999.
- Harnecker, Marta: *Haciendo posible lo imposible: la izquierda en el umbral del siglo*, 1999.
- Ianni, Octavio: *A Formação do Estado Populista na América Latina*, Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1975.
- Laclau, Ernesto: *Política e ideología en la teoría marxista*, Siglo XXI, México, 1980.
- López Maya, Margarita: «Hugo Chávez Frías, su movimiento y presidencia» en Steve Ellner y Daniel Hellinger (eds.): *La política venezolana en la época de Chávez: clase, polarización y conflicto*, Nueva Sociedad, Caracas, 2003.
- Naím, Moisés: *Paper Tigers and Minotaurs: The Politics of Venezuela's Economic Reforms*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, D.C., 1993.
- Petkoff, Teodoro: «Hugo el calderista» en *Teodoro en tierra*, 30/9/2001a.
- Petkoff, Teodoro: «Prólogo» en Américo Martín: *América y Fidel Castro*, 3ª ed., Panapo, Caracas, pp. 11-18, 2001b.
- Petkoff, Teodoro: «Una línea, tal cual, de vida» en <www.producto.com.ve/211/notas/medios.html>, abril, 2001c.
- Quirós Corradi, Alberto: *¿Un receso para la democracia?*, El Texto, Caracas, 1998.
- Quirós Corradi, Alberto: *La cultura de lo obsoleto*, El Texto, Caracas, 1999.
- Raby, David L.: «Populismo, movimiento popular y revolución en América Latina: el caso de Jorge Eliécer Gaitán» en *Debate Abierto* N° 12, 12/1999, pp. 87-96.
- Revista Zeta*: N° 1.363, 25/6-6/5/2002, p. 14.
- Romero, Aníbal: «La política de Washington ante Hugo Chávez» en *Venezuela Analítica*, 2/2000.
- Vivas, Leonardo: *Chávez: la última revolución del siglo xx*, Planeta, Caracas, 1999.
- Weyland, Kurt: «Will Chávez Lose his Luster?» en *Foreign Affairs*, 11-12/2001.